

Carmina Uclés

Josefina Núñez

Soy Carmina Uclés, la chica que dejó sin ojo a Mario González. Cursábamos el último año de bachillerato y organizamos la despedida en casa de Lola. A la hora, las botellas vacías decoraban las mesitas; los frutos secos goteaban fuera de sus recipientes y las patatas fritas crujían con nuestras pisadas. Algunas habitaciones ocupadas. Mario y yo nos encontrábamos en la cocina discutiendo sobre los sacos de dormir, si individuales o con cremallera. Unos segundos más tarde, como si hubiera padecido un desmayo, un paréntesis en la conciencia, o un vacío en el receptáculo del tiempo, volví a mí. El metal había estallado en el suelo. Mario en frente. Me quedé perpleja cuando vi deslizarse la sangre por su mejilla. Realmente había sido yo quien le acababa de hincar el tenedor en su ojo izquierdo. Fue tan rápido e instintivo como la lengua del camaleón cuando atrapa a un insecto. Se paró la acción. Temblábamos. Su llanto olía a gruta. Mi mano apretaba mi boca y mi nariz ¿Cómo había perdido el control? Grité el nombre de Lola y vinieron los que me oyeron. Después no pude hablar. Mario se tapaba el ojo con la mano. Pedí ir al hospital chillando y empujé al enfermero para estar cerca del quirófano. Pero sus padres me echaron de la primera planta. Debía esperar, me dijo la auxiliar de turno; mis padres venían en camino y la policía también. Ninguna amabilidad mitigó el temblor interno ni la gelidez de mis manos, solo el somnífero que me dio mi madre para dormir. En el sueño, Ulises era yo atrapada en una cueva. Oía cómo el cíclope apartaba la enorme piedra de la puerta. La luz perfilaba su encorvamiento. Casi roza el techo con su cabeza. Es inmenso y torpe. Está enlodado. El cíclope me observa con su ojo central. Gruñe. Tiene apetito. Lo esquivo. Se mueve al otro lado. Se arrodilla. Me acorrala en una esquina. Intento escabullirme entre sus piernas, pero los brazos se alargan y sus manos huelen a heno. Me eleva. Saliva. Su ojo, su

ojo central, su pupila honda, su iris del tamaño de mi cabeza... Grito. Abrí los ojos aterrorizada. Parpadeé ante la figura de mi madre, que había acudido a mis quejidos. Forcejeo con ella porque quiere apartarme los cabellos pringosos de la cara y eso no es lo urgente, ya se ocupan las piernas de desnudar la cama y el contralto del gruñido replica en mi mente, que se desintegre el tímpano de una vez, que me confirme que todo ha sido una pesadilla.

...

Este paréntesis de tiempo se podría parecer a una cinta magnetofónica antigua. Entre un trozo inicial y el final aparece en medio una parte arrugada que distorsiona la audición. Si se alisa, se percibe la rugosidad autodestructiva de aquellos días y el acoso social que mis padres padecieron. Había un mirar en la gente que me desdoblaba. Difundieron las noticias por las redes y la televisión; mis tíos llamaron desde otra ciudad justificando el accidente; las declaraciones de los padres de Mario fueron atroces. “Ojalá me muera. Ojalá no me despierte mañana”, escribí en el diario, como si el mero hecho de desearlo fuera suficiente como para provocarme una tromboflebitis.

Si el centro de menores está amurallado de ladrillo y hay una alambrada eléctrica bordeándolo, desde mi habitación se ve el resplandor de la ciudad. Mi madre me dijo que nos veríamos al cabo de un mes. Son las normas. Ella cruzó el patio amplio hasta la cancela negra que se cierra automáticamente. Mientras, en dirección contraria, yo entraba en un pasillo acorralada por tres auxiliares. Me siento vaca. Me entran ganas de estampar mi cabeza contra la pared, dar coces como lo hace el ganado en el matadero. Mi compañera de habitación me dijo que, al principio del internamiento, ella creía que no lo soportaría y que, ya ves, te adaptas. Con el tiempo se le saca algo de utilidad a la estancia.

Hablaba mucho y más le gustaba preguntar. También me molestaba cómo se maneja el pelo tan largo. Rápido y violento. Cogía su larga melena castaña, la subía a su coronilla a modo de cola de caballo, le daba vueltas con una goma forrada de tela hasta redondear el pelo y formar un moño alto que hacía y deshacía continuamente como un tic. Había mucha tensión en esos movimientos. Por las mañanas suele maquillarse y se alarga el párpado con lápiz negro. Zuleima, así se llama. En sus soliloquios enlaza una historia con otra sin conexión, exageradas y fantasiosas. Yo la escuchaba sin más. Pasados unos meses, estábamos tumbadas en nuestras respectivas camas. Nos entreteníamos con unas revistas. Comentó que a uno de los famosos lo llevaban a juicio por una supuesta violación. Dejé la revista encima de mi pecho y le pregunté por qué estaba en el centro penitenciario. Y sin esperarlo, se montó encima de mí como si fuera un jinete y me apretó la garganta con sus manos. Pensé que me iba a matar. No podía respirar, me asfixiaba. Ahí me di cuenta de que su hoyuelo en la barbilla era una cicatriz y sus palabras, pólvora. Luego, me pidió perdón y llegamos a un trato: una pregunta suya equivaldría a otra mía. Pero a partir de entonces cuidé mis preguntas y solicité un cambio de compañera justificado por mi medicación y sus tics nerviosos.

...

Han pasado dos años desde que crucé la frontera del internado. La verja negra se abrió y yo salí de allí con mi madre y mi diario dentro de la maleta. Las concisas órdenes y la distribución de las actividades a través de unos silbatos electrónicos se quedaron escritos. También los castigos. Quiero señalar que el buen

comportamiento equivalía a puntos positivos canjeables para recibir las visitas familiares o poder tener un televisor en la habitación. Por eso, lo admito, hubo algunos encontronazos con Zuleima que tuve que pagar y me quedé sin televisor. Las chicas poderosas cuchicheaban a mi paso y emitían insultos equivalentes a dardos, mientras Zuleima se recogía el pelo con regocijo. Me embestían con sus hombros para que se me cayera la bandeja de la comida, o sacaban el pie de debajo de la mesa para que tropezara. Yo sacudía todo mi coraje tirando de sus pelos o mordiéndoles la oreja. Deduzco que las nuevas ensoñaciones con los rottweiler era consecuencia de ello, porque me sentía perseguida por ellos, rápidos y jadeantes, desesperados por agarrar mi yugular. Yo corría y hacía lo posible para que no me alcanzaran. Veía sus colmillos en primer plano. Los ladridos, roncós y desesperados, los oía muy cerca de mí, hasta que me despertaba empujando con las dos manos al aire. Bebía agua, me cambiaba de camiseta y luego me ponía a escribir. Así suelo calmarme. Con quienes me sentía segura eran con cuatro chicas del taller de soldadura a las que les gustaban leer novelas románticas. Gracias a ellas logré pasar desapercibida. Pero sí, pasaron dos años. Recuerdo que crucé la verja negra. El corazón repetía adi-os, adi-os. Mientras oía voces cabalgadas desde la azotea. La voz de Zuleima sobresalía sobre las demás: ¡La próxima vez, rájale la yugular! ¡No tardes! ¡Te estamos esperando!... Luego el silbato de los guardias las hizo callar. Hay personas que se agarran al odio como un salvavidas a la existencia. Les excita y les divierte. Yo me agarré a mi madre con mucha fuerza pensando que, si la felicidad tiene alguna sensación, la reconozco en el apretón de su mano.